

Siguiendo la pista de un manuscrito

Recuerdos de México (1864/67) de

Ferdinand Karl Neuman

Inmediatamente después de ingresar en el Cuerpo austriaco de voluntarios, en el que me alisté como boticario del Cuerpo, decidí llevar un diario que debería contener los momentos más memorables, tanto del viaje como de mi posterior estancia en México. Este diario me serviría de auxiliar, cuando después de muchos años recordase esta época de mi vida y quisiera ver, con mayor viveza, en mi mente, las diversas personas y lugares que conocí. Llevé a cabo esta idea. Al subir al barco, anoté lo esencial. Ordené el material coleccionado en Perote, un pequeño pueblo muy tranquilo y solitario, donde me encontraba instalado. Allí, encerrado en mi habitación, me sobraban tiempo y ganas para completar las anotaciones que había hecho diariamente, hasta el fin de nuestra malograda expedición.

Con estas sencillas palabras principia Ferdinand Karl Neuman (1832-1907), croata naturalizado, su manuscrito *Recuerdos de México 1864-1867*. De este manuscrito escrito en alemán, en alfabeto gótico, se publica ahora un fragmento por primera vez; lo ha cedido a la redacción y escogido los episodios, el nieto del autor, el escritor yugoslavo Marijan Matković, quien estuvo en México, precisamente a causa de ese manuscrito, preparando su completa publicación en Yugoslavia. El manuscrito, que contiene unas 350 páginas no es interesante únicamente como crónica de acontecimientos durante la aventura de Maximiliano, sino también por las observaciones del autor, quien tuvo, a pesar de su uniforme y oficio, el suficiente valor para mirar los hechos de frente y darse cuenta muy prontamente de su situación desesperada, así como del estado de ánimo y de voluntad del pueblo mexicano en esos trágicos días de intervención extranjera. Para el autor del manuscrito son, sin duda, características las palabras que anota en su diario, sobre la decisión de alistarse, en el otoño de 1864, en el Cuerpo de voluntarios, resolución a la que no había llegado tan fácilmente: *...“largamente he comparado las razones de alistarme con las razones de no aventurarme. Al final vencieron las primeras. Tengo 32 años y tengo la posibilidad de ver y conocer, gratis, un mundo extraño, nuevos pueblos y costumbres distintas. Perduró, sin embargo, el presentimiento de haberme olvidado de la frase de Salomón: Piensa sobre el fin. ¿O se trataba de atolondramiento? Sobre todas esas preguntas vencieron la esperanza y mi rica fantasía. Confío firmemente en el regreso, porque no voy como el soldado que va a causar heridas y por lo tanto, tiene que estar dispuesto a recibirlas, sino voy para ayudar a curarlas. ... (29-IX-1864).”*

Con esas ilusiones, al recibir el 12 de noviembre de 1864 el decreto de teniente mayor del servicio sanitario, se embarcó Ferdinand Karl Neuman el 18 de noviembre de 1864, como uno de los 1 146 austriacos, italianos, polacos, checos, croatas, húngaros y serbios, que reunía el Cuerpo austriaco de voluntarios, sobre el barco *Bolivian* para ayudar a “su emperador mexicano” quien en ese tiempo ya se encontraba en México. La partida desde Trieste era pomposa:



• Ferdinand Karl Neuman. [1864]



"La tropa subió a bordo. Desde la orilla, la banda de música del regimiento que se encontraba instalado en Trieste, tocaba el himno austriaco; nuestra banda, bajo la dirección del director de orquesta Josef Saverthal, contestaba, desde la cubierta de los oficiales, con el himno de México; se alzaba la bandera —verde, blanco y rojo—, con su águila negra, de una sola cabeza, sentada en un nopal y con una serpiente en el pico; después fueron alzadas la bandera inglesa y la de los Estados Unidos. Los acordes de ambas bandas se mezclaron; los oficiales del barco y los marineros ocuparon sus puestos, y de miles de gargantas, que se encontraban en el puerto, brotó el grito de "Hasta luego... Eviva, Zivili, S bogom"... Son las doce, el sol brilla en todo su esplendor, cuando estalla un hurra de miles de voces; el puente se levanta y el primer barco Bolivian emprende su viaje, orgullosamente. Dios, Emperador, México —constituyen nuestros entusiasmados lemas... En nuestra ruta, nos acompañan algunas barcas, en las que se encontraban dos hermanos del general, los cónsules de Austria y de México y algunos comerciantes de Trieste. Al lado derecho salió, poco a poco, de la lejanía azul, un grandioso edificio, el maravilloso palacio, la última estancia y creación de nuestro actual emperador, Maximiliano I: el fabuloso Miramar; La Bastilla nos saludó con 21 salvas y vivas mientras que nuestra banda tocaba el himno mexicano."

Ese festivo ambiente de opereta perdurará durante el recorrido entero, hasta Veracruz. En su manuscrito Ferdinand Karl Neuman lo describe detalladamente en más de 40 páginas. Los cuarenta y seis oficiales encabezados por el general del Cuerpo austriaco de voluntarios, conde Franz Thun-Hohenstein, y los 1 100 miembros de la tripulación, están aún llenos de esperanza. Sobre el Bolivian es oficiada la Santa Misa todos los domingos; diariamente tocan música militar. De México, como país, y, sobre todo, de su situación política y militar de entonces, nadie sabe nada: "¡qué esperanzas habitaban en la gente, qué concepciones, simplemente se construían castillos en el aire!" —anota Ferdinand Karl Neuman, no sin ironía. El estado de ánimo no ha sido turbado, ni siquiera por el hecho de que ya después de dos días de navegación, durante una noche tormentosa sobre el Adriático, el Cuerpo se disminuyó por un hombre, el servio Daniel Rapievic, quien se cayó de la nave: "... a una distancia de treinta metros se vio claramente, pues la luna estaba llena, que algo se agitaba, dos veces se oyó un grito desesperante, era el último llamado del hombre que luchaba con la muerte. A pesar de los salvavidas echados, y más tarde de un bote, él ya no aparecía, el mar escondió a su víctima. ¡Un hombre había muerto en las aguas de su patria, y a nosotros! ¿qué nos espera aún?" se pregunta nuestro escritor. La nave se demoró en Gibraltar (28-XI - 1-XII), y despedida con música, se dirigió a través del océano. Otros dos nuevos casos de muerte hasta las Islas de las Martinicas (16-XII). Siete días más tarde el barco atrató en San Jago sobre Cuba, donde se festejó, al día siguiente, la Navidad. "Los alrededores son maravillosos por las abundantes plantaciones de azúcar, café y algodón. El clima es sano. Hoy (24-XII) visitamos el mercado de esclavos. Los esclavos se compran según su constitución corporal, educación, conocimientos y posibilidades a precios muy diferentes. Apenas llegamos una muchacha fue comprada por 6 000 pesos —una fortuna— por un rico hacendado. Por la noche visitamos el teatro, desde cualquier punto de vista, un edificio maravilloso."

Al abandonar Cuba, el 25 de diciembre, la misma tarde casi adivinó la catástrofe: "Eran alrededor de las 3 horas, cuando el teniente de guardia advirtió que la nave había cambiado totalmente su dirección. La aguja magnética daba saltos; irritado fue hacia el timonel, quien dormía borracho sobre el timón. Enseguida lo apartaron, pero cómo se oponía con gigantesca fuerza, lo encadenaron... Si hubiéramos seguido por ese curso sólo unos momentos más, seguramente nos hubiéramos estrellado con el barco en las pequeñas islas cercanas... El 30 de diciembre, un viernes, a eso de las dos, vimos El Fuerte de San Juan de Ulúa y a eso de las tres estuvimos en el puerto de Veracruz."

Veracruz (30 de diciembre de 1864 hasta el 7 de enero de 1865). Viaje a Xalapa (7 de enero a 13 de enero). Y estancia en Xalapa (13 de enero al 11 de abril).

"30 de diciembre. Tocamos tierra y bajamos por un terraplén de 30 metros, tanto de largo como de ancho. Entramos en la ciudad por un bello y grande portal, flanqueado por los enormes muros de la ciudad, mojados por las olas del mar, para llegar a una gran plaza vacía. Nos acomodaron en un hotel, de un solo piso, el "San Carlos", que se encuentra rodeado de muchas casas. Del hotel nos fuimos al "Café Diligencias", donde me encontré con los oficiales de barco "Novara", que acompañaban al emperador Maximiliano a México.

Con ellos estaba su capellán, un croata. Pasamos una noche muy animada.

31 de diciembre: Visité la ciudad, que se encuentra en una triste planicie arenosa, como en un desierto, sin alegría, rodeada por sus grandes y desnudos muros, poblada de casas sencillas, de un solo piso. Da la impresión que cualquier lugar en la costa hubiera sido más apropiado para edificar una ciudad que este desierto, y apenas se puede concebir cómo el número de habitantes subió hasta 20 mil. Lo que sí se explica es que haya vuelto a bajar hasta 6 o 7 mil. Todo parece confabularse contra el florecimiento de la ciudad: un calor espantoso, el polvo arenoso, la falta de agua y de vegetación, los molestos mosquitos y otros insectos dañinos y finalmente el ángel de la muerte, la fiebre amarilla. El vómito prieto, reo negro que aniquila aproximadamente dos terceras partes de los europeos, recién llegados... La plaza más bella de la ciudad es la Plaza Mayor donde se encuentra el hermoso Ayuntamiento y la iglesia y dónde hay una vida más animada. El último bombardeo francés ha destruido muchas casas. Por la tarde soplaban el norte. Todos los que se encontraban a bordo tenían que quedarse allí. Era un maravilloso y a la vez terrible espectáculo ver, desde el balcón de nuestro hotel, cómo se quebraban las olas contra los muros de la ciudad y oír el rugir de los elementos embravecidos. En estos días nadie se atreve a salir al mar. Los barcos que se encuentran en el puerto tienen que maniobrar; las máquinas trabajan día y noche para evitar que los barcos se estrellen contra las rocas de la costa. En el puerto de Veracruz se encuentran, cuando menos, 20 restos de barcos destruidos, muchos de los cuales ya están cubiertos por la arena. Muestran un aspecto doloroso tantos barcos destruidos a los que puede



uno llegar en tiempo de marea baja. Por la noche se reunían todos los señores oficiales en el café de nuestro hotel. Éramos más de 30 cuando saludamos, con un vaso de ponche en la mano, a las 12 en punto, el nuevo año de 1865.

Primero de enero de 1865...Veracruz ha sufrido desde 1838 innumerables devastaciones y cuatro bombardeos. Muchos conventos y casas se encuentran inhabitables; ahí están, como testigos de las terribles guerras, con sus muros ennegrecidos y semidestruidos, sin puertas ni ventanas y sirven de refugio a toda clase de aves de rapiña. Para atenuar la plaga máxima, la fiebre amarilla, que acaba con los emigrantes y las tropas extranjeras, hay ahora, como tropas de ocupación, soldados egipcios, súbditos de Marruecos, que regaló su Monarca al Emperador Napoleón. Estos hombres son inmunes a esta enfermedad. Por la noche fui al teatro, un edificio de tres pisos, amplio y bonito; los palcos todos abiertos, el foro muy grande, el decorado y el vestuario muy hermosos, ricos y de buen gusto. El público fue muy numeroso.

4 de enero de 1865. Un espectáculo muy especial ofrecen los zopilotes; aves de rapiña que se parecen a nuestros cuervos, de 60 centímetros de altura, que por millares, habitan la ciudad y sus alrededores. Estas aves ejercen aquí el servicio de la policía sanitaria, al comerse los cadáveres que se encuentran en las calles: cadáveres de perros, gatos y mulas, tal como se ve también en Santiago de Cuba. Es muestra de la indolencia española ya que el mantener las calles y los caminos en buen estado, significa para ellos una carga superflua. Eso explica que matar a un zopilote se castigue con una multa de cinco pesos.

6 de enero de 1865. Hoy recibí la orden de partir con la ambulancia a Xalapa. Nos acompañan la tercera, cuarta y sexta compañías de cazadores y una compañía de zapadores. La partida se efectúa hoy a las seis de la mañana."

Del 7 al 10 de enero... Los dos primeros días del viaje a Paso de Ovejas pasando por Santa Fe, entusiasmaron a Ferdinand Karl Neuman, a pesar de que se trataba de un viaje duro. Como farmacéutico observa, él con un cariño especial, la cada vez mayor, abundante vegetación y describe minuciosamente algunas plantas. Lo entusiasmó también la belleza de la naturaleza. En Paso de Ovejas todos los oficiales, por consiguiente también él, serán huéspedes del teniente mayor Santa Anna, pariente lejano del ex-presidente de la República, quien, al servicio de los franceses y Maximiliano, celebraba el recibimiento de la condecoración francesa y la Orden de Guadalupe, de Maximiliano. Hasta Paso de Ovejas todo se desarrollaba festivamente, como en una opereta bien acoplada; se viaja celebrando una fiesta. Sin embargo, es precisamente en ese lugar que Ferdinand Karl Neuman tendrá su primer encuentro con el crimen.

"Toda la región está llena de guerrilleros y de ladrones. Eso no es imaginación, sino la cruda realidad porque tuvimos que sufrir un ejemplo evidente. Un bohemio que servía la mesa en el barco y que así había obtenido, no solamente pasaje gratis sino también, gracias a diversos servicios, algún dinero, iba, bajo nuestra protección, a Xalapa, acompañado por un joven italiano, su ayudante en el barco. Seguramente, en el camino, se alejaron demasiado de la tropa porque a la mañana siguiente la vanguardia los encontró colgados de un árbol. Los tuvimos que enterrar allí mismo. La patrulla regresó con tres bandidos que había hecho prisioneros. Aún hoy dudo que fueran

bandidos. Dos de ellos fueron reconocidos por un arriero, que fue robado, como sus asaltantes. Ambos fueron condenados a muerte, de acuerdo con las leyes militares. Amarrados de los pies con una reata, ambos yacían, custodiados por un soldado, delante de la barraca que servía de cuartel. En la noche un soldado los llevó con el cura, para que se confesaran y por la noche los encerró en una capilla. Estábamos acampados al aire libre y en la noche se levantó una tempestad que se llevó la mayoría de las tiendas de campaña. Como caía una lluvia abundante, nos vestimos y fumando esperamos el amanecer. El martes, a las 6 de la mañana, la columna se puso en marcha. Yo me quedé con la retaguardia. A las 7 de la mañana, cinco soldados trajeron a los dos bandidos, que traían los ojos vendados, pero iban sin cadenas, tan sólo del brazo de un soldado. Cada uno fue amarrado a una columna, las cuales se encontraban en el muro de la fonda y por su aspecto y edad demostraban que algunas docenas de vidas humanas habían terminado en ellas. Apareció el oficial con el pelotón. El comandante no apareció porque aún no había despertado a causa del vino que había bebido la noche anterior. Entonces, el teniente, medio dormido, dio con el sable, la orden a los cinco soldados: "¡Fuego!". Un estallido, un relámpago y el humo de la pólvora, que disipándose nos mostraba una escena horrible: el joven de 20 años y casado, fue afortunadamente muerto por un único balazo que le tocó en la frente; delante de su cuerpo caído estaba en el suelo su cerebro derramado. El otro, quien había sido tocado únicamente en la rodilla cayó quejándose; la segunda bala le tocó en la barriga; con las últimas fuerzas quiso levantarse cuando una tercera bala puso fin a su martirio. El procedimiento había terminado. No había aparecido ningún curioso, únicamente el padre y la esposa del joven miraban los cuerpos con gran indiferencia y se alejaron sin derramar lágrimas."

A pesar de que durante su ulterior estadía en México Ferdinand Karl Neuman verá muchos colgados y fusilados, este primer encuentro lo ha impresionado tanto que en sus anotaciones volverá a menudo a tocar este punto: "¡aún hoy dudo que aquellos dos fueran culpables!" Desde Paso de Ovejas la columna en la que estaba la ambulancia se movía lentamente a través de los pueblos demolidos, hacia Xalapa. Así, sobre todo en los alrededores de Puente Nacional las tropas mexicanas en junio de 1863 han proporcionado un gran golpe a los franceses. Un mar de cruces bordeando la carretera volteada, casas desiertas y en ruinas, el castillo de Santa Anna abandonado y demolido, el pueblo de Puente Río, devastado, en Cerro Gordo lo mismo, el miserable equipo de las tropas mexicanas que se decidieron por Maximiliano, todo eso hablaba claramente que la guerra se había apoderado de todo el país. La cruel guerra de un pueblo contra la agresión extranjera. Apenas llegando a Xalapa las frases de sus notas adquieren un fluir más tranquilo. Xalapa, el jardín de México, le gustará enseguida. Allí también pasará el periodo relativamente más tranquilo de su estadía en México. El que le haya tomado tanto cariño a Xalapa se deberá sobre todo a que allí conoció a la distinguida familia Pasquel quien lo abrazó como a un hijo.

"Hoy conocí, aquí, a dos jóvenes, con los cuales entablé amistad: uno es don Luis José Pasquel, de 22 años, y el otro, don José Lanz, de 23 años, ambos hombres afectuosos, apuestos y de mucho talento. También el hermano mayor de José Pasquel, don Francisco Pasquel, ya casado, se reunía frecuentemente con



nosotros. Pero sobre todo me fascinaba la imponente figura del viejo señor, don José María Pasquel, quien reúne un bello rostro lleno de dignidad con una gran amabilidad, cortesía y verdadera grandeza, e impresiona a todos que tratan a este hombre muy estimado. Por lo tanto lo visito diariamente, para pasar la noche en su compañía. Gracias a su magnífica memoria, sus conocimientos, del ambiente local, sus múltiples e importantes amistades, su completo conocimiento de la historia y no solamente de la historia de México, sino la de Estados Unidos y la de Europa, lugares que él ha visitado, dan a la conversación una gran amenidad que acorta las horas."

En esta compañía pasa muy divertidos sus ratos libres el joven médico sanitario: asiste al desfile a caballo del Gran Baile de Máscaras y al gran baile de disfraces en el teatro. Sin embargo, parece que su contacto con la familia Pasquel le abrió los ojos sobre la situación en la que se encontraba no sólo él, sino también México entero. Entre las páginas donde alaba "la conocida belleza de las xalapeñas, y en realidad hay que constatar que raramente en el mundo hay tantas bellezas en tan poco espacio", anota las primeras confrontaciones entre el Cuerpo austriaco de voluntarios y los guerrilleros mexicanos republicanos. En la primera pierde a su amigo el capitán Julius von Hassinger (batalla de Tesiutlán), "al joven y alegre vienés, quien se había distinguido en el año de 1859 en la batalla de Solferino, y que ahora pierde su vida ¿por qué?" Pero más que la pérdida de su amigo en esa lucha, le interesó la noticia sobre la crueldad del teniente José Preiva, oficial intendente "conocido embustero, quien nos alimentaba miserablemente en el viaje desde Veracruz hasta Xalapa, adoderándose de est manera de una cantidad enorme". Comenta su caso de la manera siguiente:

"Ese hombre como que no esperaba otra cosa que mostrar su verdadera cara, la cual, en realidad, correspondería más a un bandido que a un oficial. Y si estuvo en la batalla de Tesiutlán, o sea nuestra primer batalla. Al encontrarse casualmente en la calle con nuestros soldados, quienes traían dos republicanos presos, que se habían rendido voluntariamente al teniente mayor Craikowsky y ahora eran llevado para ser interrogados, les ordenó que se detuvieran y a pesar de que lo pusieron al tanto de los hechos, de su propia mano disparó y mató a los dos presos. Y no solamente eso: bajo su orden empezó el saqueo de la ciudad. Lo que había ordenado para su propio interés: era su costumbre por una bicoca comprar de los muchachos todo lo saqueado, lo cual vendía luego a precios muy elevados. Ahora 'se amoló' y está en Puebla bajo investigación. Pero tengo razones para dudar que le pase algo. En general, la situación en nuestro Cuerpo ya es desesperante: esta noche nos trajeron al hospital al soldado de la V compañía, el checo Vaclav Schenk, quien trató de suicidarse a causa de los bestiales tratamientos de su oficial."

Es entonces cuando Ferdinand Karl Neuman piensa en abandonar el ejército y como civil comprar una farmacia, ya sea en Xalapa o en Veracruz. La familia Pasquel le ofrece un crédito a largo plazo para la realización de esa idea. Únicamente el brusco traslado a Perote impide la realización de ese plan.

La partida desde Xalapa el 11-IV y la estancia en Perote hasta el 12-X de 1865.

La despedida en Xalapa fue dura: ya no encontrará en México Ferdinand Karl Neuman amigos así. Es por eso que más tarde desde Perote hará una excursión para verlos una vez más, al igual que a la ciudad a la cual había tomado tanto cariño.

"La vegetación es aquí inagotable, el clima sano, las casas limpias, excelentes hoteles y cafés, y 16 mil habitantes tranquilos, gente trabajadora. Todo eso tiene como consecuencia que los habitantes de Veracruz visiten Xalapa en los peligrosos meses de fiebre amarilla. No es fácil describir las bellezas de sus alrededores. La vista desde Macultepec es majestuosa. Orizaba el Viejo, el Cofre de Perote, con el resto de los altos montes lanzados en un acontinuada cadena, se muestra en todo su esplendor, tal parecen estar al alcance de la mano. A la izquierda del pueblo se encuentra una altiplanicie muy fértil, en algunos lugares se muestran entre oscuros árboles las cabañitas de los indios cubiertas con hojas de palmera. Y entonces, vastos campos de caña de azúcar y de algodón."

En esa excursión, trata una última vez con don Pasquel el asunto de cómo retirarse del ejército y pasar a la vida privada. Será éste, también, el último encuentro con sus amigos. Al regreso entabla conversación con un mexicano quien todo el tiempo está diciendo: Nuestra república. Para provocarlo, le dice que ya hace un año que México es Imperio, a lo que el mexicano responde, haciendo un gesto despreciativo con la mano: "es lo que dicen, pero quién sabe. En fin, eso no tiene importancia. Hay que alimentar a nuestro pueblo, ¿eso sí tiene importancia!"

Por su clima, Perote le recordaba su región natal, pero como base militar no le gustaba mucho. Trata más con soldados polacos, quienes "después de la frustrada revolución de 1863, huyeron a Austria, y frente al peligro de ser entregados al zar ruso prefirieron alistarse en la expedición mexicana. "Ellos venían a menudo a mi farmacia, para pedirme consejo o simplemente a descargar sus penas: como en todas partes, también aquí los soldados y todos los esclavos, recibían órdenes de oficiales alemanes e italianos, todos de una existencia aristocrática dudosa, unos desesperados cuya estancia aquí, tenía un único fin, enriquecerse a toda costa, aunque fuera saqueando." Perote será visitada en esos días por el mismo emperador Maximiliano, quien hacía un viaje desde México pasando por Orizaba, Veracruz, Xalapa y Tesiutlán, de regreso a México.

"Todos están ocupados con la llegada del emperador. Las barricadas son apartadas de las calles y plazas; fueron adquiridos diez o doce faroles para alumbrar las calles; es más, había un conjunto de música formado por 8 ciudadanos. Con él vino el doctor Dominik Bilinek, el nuevo museógrafo del Museo Mexicano, quien llegó a México, invitado por el emperador, trayendo 97 cajas con obras artísticas de su propio museo. Como el señor Bilinek, que tenía unos 60 años, ya no montaba, vino en coche; todos pensaron que era un nuevo ministro, y enseguida organizaron en su honor una serenata. El segundo día de su estancia en Perote, el emperador visitó el hospital. En esa ocasión le fui presentado. Le mostré el equipo de farmacia."



Mientras que la estancia del emperador no ocupa demasiadas páginas en el manuscrito de Neuman, el acontecimiento que tuvo lugar posteriormente, lo conmovió mucho.

..“El 8 de junio, alarma en el cuartel; ocho soldados polacos han desertado. La búsqueda de la caballería no dio resultado. Al día siguiente fueron atrapados por las tropas mexicanas auxiliares, y traídos a Perote. Todos muchachos imberbes. Inmediatamente fue formado el consejo de guerra: el capitán Barón Tacco, el capitán Hiep y el teniente mayor Della Salla. El dictamen será afirmado o rechazado por el mayor Paul Bernart. El proceso fue corto. Los soldados se defendían inútilmente, en lengua polaca, alegando que no sabían que la desertación era castigada con la pena de muerte, quejándose de que el tratamiento que recibían en el cuartel, era el único culpable de la determinación tomada. Nada de eso era tenido en cuenta por el jurado, por el mero hecho de que no entendían lo que decían los acusados. El consejo hablaba alemán. Lo que éste decía no lo comprendían los acusados, hasta el momento en que se dieron cuenta que fueron sentenciados a morir. El dictamen fue confirmado enseguida. Ni Paul Bernart sabía el polaco. Apenas entonces se acordaron que sería justo que alguien, que supiera el idioma polaco, acompañara a estos miserables hasta el patíbulo. El único oficial en Perote, que conocía el polaco, era yo. Fui hasta el mayor Bernart a protestar por el dictamen: el decreto de que el desertar era castigado con pena de muerte estaba escrito en idioma alemán, nadie lo había traducido a los soldados polacos. Por desgracia, no ayudó. ¡Nunca en mi vida olvidaré ese 10 de junio, cuando fueron aniquiladas ocho jóvenes vidas polacas en Perote! ¿Y por qué? ¿Para

que se evitara la desertión? Desde ese día pasará a ser un acontecimiento común; más que por las pérdidas en el campo de batalla, por la desertión, que cada vez tomara más vuelo, cada día disminuirá más nuestro Cuerpo de voluntarios. Polacos, checos, croatas y servios, hartos de sus aristocráticos oficiales alemanes e italianos, buscarán la salvación y la liberación en la huida. Por fortuna muchas de estas huidas terminarán mejor que esta trágica en Perote.”

En estos días de verano de 1865, Perote se convirtió en una verdadera zona de combate. Los habitantes civiles ni siquiera salen de sus casas. Las ciudades y los pueblos en los alrededores de Perote cambian a cada rato de amo. Los fusilamientos son acontecimientos cotidianos. Bajo la fecha de 31 de agosto, Ferdinand Karl Neuman anota: “el 31 de agosto, inundación en la capital de México, enormes daños y pérdidas. Al regresar de San Ángel a la ciudad, casi se ahoga el arzobispo Labastida. No sería una extraordinaria pérdida si hubiera desaparecido del escenario ese cura falso y de doble faz. Ciento cincuenta familias han quedado sin techo. ...La orden del 10 de septiembre aporta la noticia de que el teniente mayor Nikolaus Sabes de Zilach ha sido despedido del ejército. Él había tomado bajo su custodia el dinero de los soldados. Cuando, después de algún tiempo, uno de ellos se atrevió a pedir el regreso de su dinero, este noble oficial le dio de latigazos. Por consiguiente, un criminal es despedido. Pero, ¿el despedirlo del ejército es en realidad un castigo para ese criminal?”

16 de septiembre. Hoy se festeja el Día de la Independencia. En todo México. También aquí, en Perote. Santa Misa solemne. El desfile de soldados y ciudadanos fue hasta la plaza prin-





cial, donde el abogado don Bolaneo, sobre un escenario improvisado, pronunció un discurso muy temperamental. La gente lo escuchaba con atención. Cuando terminó, por toda la plaza resonaba: "¡Viva la independencia mexicana!" Un grito que tuvo el efecto de una sarcástica bofetada sobre todos nosotros que allí representábamos el imperio, que en realidad aún no había nacido.

18 de septiembre. Ayer llegó la noticia de que el teniente mayor A. B., de la 11a. compañía, se pasea libremente por Puebla, a pesar de que hace algunos días parecía que iba a ser castigado severamente. Su caso se desarrollaba así: una noche el soldado Lakic, croata de nacimiento, en estado de ebriedad, no se sometió enseguida a la patrulla en Xalapa. Traído al cuartel el teniente mayor A. B., comenzó a amenazarlo con someterlo al Consejo de Emergencia si no se disciplinaba inmediatamente. ¡Qué lo hará fusilar! Al soldado, según parece, no le impresionaron mucho todas esas amenazas; empezó a ofender lo más que podía, al oficial. Éste, sin importarle que trataba con un hombre ebrio, tiró de su revólver y derribó al soldado. Sangrando, el soldado Lakic le gritó desde el suelo: ¡Qué clase de oficial es usted, ni disparar sabe! —a lo que A. B., con un segundo disparo, lo mató—. El acontecimiento produjo sensación. Al fin y al cabo no era el único. Y mientras se hablaba de castigo de muerte, A. B., es puesto en libertad y pasea en su uniforme, por las calles de Puebla. ¡Todavía va a recibir del emperador, la condecoración —Guadalupe! ¿Es que en realidad vinimos a México para entremetarnos? El 29 de septiembre recibí el aviso de mi traslado a Puebla. Desde el 22 de septiembre, continuamente cae una lluvia espesa. Todas las calles están inundadas; antes de Perote a Puebla se viajaba un día, ahora se necesitan dos. Hace ya tres días que no llega el correo a causa del mal camino y el alto nivel de las aguas. Durante el mes de septiembre tuvimos 45 muertos y 20 desertores. Cada mes, somos menos y menos, los de nuestro barco Bolivia.

Puebla (13-X-1865 - 11-I-1867)

Viajó Ferdinand Karl Neuman dos días en diligencias desde Puebla. "Y así nos acercábamos cada vez más a Pinal, pequeño bosque de mala reputación, que se había hecho, a causa de tantos crímenes y emboscadas, tan famoso como la conocida Barranca del Águila, la cual se creó la fama en el pasado por los asaltos, excelentemente organizados, a los transportes españoles de platas. En la nueva Hacienda, entre cuatro esbeltos pinos se puede notar un montículo cercado con barras de hierro: es la tumba del general José Álvarez que fue fusilado por órdenes de Santa Anna. Allí, todos los que estábamos en la diligencia, con mayor o menor miedo, observábamos los alrededores, porque justamente hace cinco días fue saqueado el correo. Para los novatos era interesante ver cómo se preparaban los viajeros para un asalto eventual: el sacerdote en el rincón del carro murmuraba una oración para esconder bajo su sotana, lo más discretamente, mientras rezaba, su reloj de oro y la bolsa con dinero. En la mano dejó solo 5 o 6 piastras como su donativo voluntario a los asaltantes. Todos seguimos, más o menos su ejemplo. Pero esperamos en vano, esta vez no hubo atraco; en la mano me quedaron 5 piastras que hubiera sacrificado con mucho gusto para esta aventura, puesto que era conocido que los bandidos no mataban a sus víctimas, ni siquiera los revisa-

ban, contentándose con donativos así. El viernes 13 de octubre a las cuatro llegamos a Puebla, la cual, en un pequeño librito que compré en Viena antes del viaje, era proclamada como la ciudad más bella del mundo. Por cierto, Puebla no lo es; pero sin duda, ya la primera impresión es de agrado. Estableciéndome en la calle de Mesones, en el hotel de Jesús, me dirigí a través de la Plaza Grande y la calle de Posta, a la calle de los Goros donde, en el antiguo convento de las monjas de la orden de la Alegria de Maria, fue establecido nuestro hospital. En toda la ciudad aparecen carteles proclamando el bloqueo de la ciudad. Todo mexicano portador de armas, será fusilado al igual que los pertenecientes a organizaciones republicanas. Lo firma: emperador Maximiliano. ¿Quién lo habrá inducido a ese paso diplomático y apolítico? ¿El mariscal Bazaine? ¡Tal vez! Ese hombre es capaz de todo. Y en este momento, él es el hombre más poderoso del Imperio de Maximiliano. Él representa a Napoleón III, al capital parisino, del cual depende, no sólo el emperador, sino nosotros mismos. El 6 de noviembre a las 9 de la noche llegó a Puebla, camino a Yucatán, la emperatriz Carlota seguida por su séquito. Se hospedó en la casa del Prefecto. A lo largo de algunos kilómetros la calle estaba llena de gente: la valla estaba formada por soldados que llevaban antorchas en la mano, centenares de banderas ondeaban en las casas, éstas totalmente iluminadas, en cuyas ventanas y balcones no había lugar vacío. Y a pesar de esto, eran raros los que gritaban ¡Viva la emperatriz!: nadie arrojó flores. Todo, con mucha frialdad. En realidad, uno tiene que entristecerse por el destino de esta joven mujer. ¿Está ella, por lo menos consciente en dónde se encuentra? Al otro día, muy temprano, abandonó Puebla; en Veracruz la esperaba el barco que la llevaría a Yucatán."

Ferdinand Karl Neuman describirá Puebla detalladamente, en las páginas de su manuscrito. La vida de esa ciudad, que tiene en ese entonces 70 mil habitantes y es llamada "la segunda ciudad del imperio". De calle en calle, asiduamente visita el teatro, es huésped permanente de los cafés de la Plaza Grande. Preciso en los detalles, describe las más importantes iglesias de Puebla; entre sus amigos incluye también algunas familias mexicanas, él permanece soltero a pesar de que una de sus relaciones casi termina en compromiso.

"No, no puedo apegarme aquí, pero tampoco puedo exigir de doña Rosario que venda sus dos casas y que me siga a Europa. Con nuestra expedición las cosas no andan bien; nuestros días están contados, pero permanecer aquí y siempre ser extranjero. . . ¡no, ahora ya no quiero eso! ¡Fue demasiada la sangre inocente aquí vertida!"

Anota estas palabras después de lo acontecido en el café:

"Festejamos el Año Nuevo en casa de la señorita Zombrano, agradablemente. Nuestro barco, con más de mil gentes. ¿Y hoy, cuántos viven aún? Cuatro médicos, siete oficiales y cientos de soldados ya no existen. Y mañana ¿qué nos espera? ¿Acaso el otro día, un mexicano rico que se sentaba con nosotros en la mesa del café, no me preguntó abiertamente: ¿cuánto tiempo pensamos aún permanecer aquí? Cada uno de nosotros se comprometió por 6 años —le respondí— pero yo creo que después de 6 años ni siquiera un tercio tendrá ganas de volver, todos querrán quedarse. —Dentro de 6 años no habrá aquí ninguno de vosotros. ¡Adiós! —Y antes de que pudiera responderle algo, se levantó y se perdió en la calle. No lo vi ya nunca más."



Los días se ensartan, las descripciones del terremoto ocurrido en Puebla el 2 de enero de 1866, de la vida social, celebraciones religiosas, carnaval, funciones de teatro. Y entre estas descripciones, informes del frente, cada vez más negros. Sobre los fusilamientos de desertores y los mexicanos detenidos. Los consejos de emergencia trabajan sin parar. La emperatriz Carlota volvió de Yucatán. Visitó el hospital. Por su expreso deseo Ferdinand Karl Neuman tiene que abrirle el armario que contiene venenos e informarla detalladamente sobre el efecto de cada uno de ellos. Luego, de nuevo casamientos. Noticias de los frentes: cada vez hay menos viajeros del *Bolivian* que puedan regresar. Y no sólo se multiplican los muertos, heridos y desertores, sino que aún los oficiales piden, en masa, su renuncia: con los bolsillos repletos, viajan a Europa o a un lugar de México, donde piensan vivir con opulencia, como civiles. Derrota total. Al mismo tiempo, en la capital se efectúan conferencias sobre el destino del Cuerpo austriaco de voluntarios: si someterlo totalmente al comando francés o que siga siendo independiente. En tiempos de mayor confusión, “el 20 de junio fue efectuado el bautizo del hijo del Mariscal Achilles Bazaine; los padrinos fueron el emperador y la emperatriz. . . El emperador regaló a la madre del niño, el castillo que antaño perteneció a la familia Pérez Gálvez. Y mientras se celebraba así, en la capital, aquí en Puebla crecen cada día los rumores acerca del fin del Imperio. Ya nadie le da un largo plazo de vida. Los Estados Unidos se declaran definitivamente en su contra. En las calles los panfletos son vendidos públicamente. Hasta la voz de Santa Anna volvió a oírse desde el exilio. ¡Y ya con una proclamación! En las calles de Puebla la anunciaban en público: ¡La proclamación del señor don Antonio Santa Anna! Gritan y las venden a medio real. Por curiosidad compré una. La misma termina así: ¡Abajo con Maximiliano! ¡Abajo con los conquistadores! A pesar de todo, es un poco tonto: ¡acaso no es ese mismo Santa Anna, el culpable de que en 1847, México haya perdido la mitad de su territorio! Que estamos sobre el volcán y frente a una catástrofe, se ve claramente, aún en la prensa norteamericana. Y a todo eso el general de nuestro Cuerpo, quien a causa de su incapacidad, es el culpable de que ya casi no existamos, en sus órdenes consuela a los soldados, diciendo que desde Europa llega un barco con mil voluntarios más y con mil cajas conteniendo artículos de primera necesidad. ¡Cuándo comprenderá este general, que entre los soldados hay personas muy cultas que leen periódicos más que los oficiales, los cuales no hacen más que jugar a las cartas, y que saben bien que ya ningún barco llegará.”

Las catástrofes continúan, una tras otra. Con el fervor de un cronista, Ferdinand Karl Neuman las anota en su manuscrito: la catástrofe del 3 de julio de 1866, en la cual de 270 soldados y oficiales del cuerpo austriaco, sólo 14 se salvaron huyendo. El resto fue muerto y encarcelado. Al mismo tiempo escribe: “El 6 de julio festejaron los habitantes de la Metrópoli, con gran pompa, el trigésimo cuarto (34o.) cumpleaños de Su Majestad. —El 8 de julio Hodolic nombrado teniente. ¿Por qué? ¡ni él mismo lo sabe! El 9 de julio llegó la emperatriz Carlota a Puebla. Se encuentra de paso, camino a Veracruz donde se embarcará en el L'emperatrix Eugenie. El propósito de su viaje es notorio, pero ¿resultará? Y ¿hay acaso algunas posibilidades de que termine con éxito?” Y agrega en seguida: “Se trata de la existencia del Imperio, de la existencia de nuestro Cuerpo ya nadie se preocupa. Parece que nuestro destino está sellado. El que el as-

tuto Mariscal francés haya empezado a alabarnos —si es peligroso!”

Desde ese momento, agosto de 1866, comienza Ferdinand Karl Neuman a prepararse para la partida. Es por eso que aprovecha cada instante para ver lo más que pueda de esta tierra que pronto abandonará y a la cual tomó mucho cariño. De esa manera se va hasta Cholula, admira los monumentos de la civilización “que los españoles han destruido tan cruelmente”, se prepara a pasar sus vacaciones en la Metrópoli. Y por cierto, se inicia el 3 de agosto de 1866, pasa por Río Frio dónde pernocta y llega al otro día a México que, en ese entonces, tiene 170.000 habitantes. Allí visita los dos teatros, el Teatro Nacional y el Teatro Principal, luego el Castillo de Chapultepec, “cuyas habitaciones superiores no puede ver, porque el emperador está en el castillo; pero por eso su principal ayuda de cámara, Basilisco, mi conocido del barco, me mostró todos los cuartos inferiores”, luego la iglesia y el convento de la Virgen de Guadalupe. Después de algunos días regresa a Puebla.

“Desde el 1o. de septiembre todo nuestro Cuerpo fue tomado por los franceses. Nuestro general nos abandonó; el 26 de septiembre se dirigió, a través de los Estados Unidos, a Austria. Él se fue y nosotros nos quedamos. Cayó Oaxaca. Los Lanos fue conquistada. Derrota tras derrota, los republicanos avanzan en todos los frentes. No es de extrañar que casi no se haya festejado el santo del emperador. El domingo 21 de octubre se propagó la noticia de que la emperatriz Carlota se ha enfermado en Roma, el 4 de octubre: el segundo telegrama del conde Bombles de Miramar, habla de una infección cerebral cuyo estado va empeorando. Ya el lunes tuvimos que ir todos a la iglesia, el obispo ofreció una Misa para la salud de la emperatriz. El 26 de octubre el emperador se dirigió a Orizaba, según asegura, para recibir antes los telegramas desde Europa. Todos los que le quieren bien esperan que, por lo menos desde Orizaba, proclame su abdicación al trono y que ceda todo el poder a los franceses. Es el último momento para que él los deje a ellos en México, porque si no ellos lo abandonarán a él mañana.”

Sin embargo, de estos deseos nada se ha realizado: “la guerra continúa, guerra sin algún objeto, sin alguna esperanza.” Anota en su manuscrito Ferdinand Karl Neuman, siguiendo con especial atención las victorias de los republicanos, “quienes tienen en Porfirio Díaz un general muy capaz.” El otoño no aporta ningún consuelo:

“Los franceses se concentran alrededor de Veracruz. Construyen fortificaciones, se aseguran el camino de retirada. Sobre el emperador quien está en Xalapa circulan distintos rumores, en general dados a conocer por los franceses cada día menos sometidos a él. Se dice en público que se ocupa en atrapar mariposas, y que todo el tiempo delibera con su Mefistofes, el padre Fischer y los otros. Unos quisieran que abdicara, los otros que se quedara. Según unos, se encargarán de la total organización de su ejército, tres generales mexicanos, cuyos apellidos comienzan con la letra M: Miramón, Márquez y Mendoza, y que él, hasta sus victorias y la definitiva pacificación de México, se retirará a Yucatán; nosotros, el Cuerpo austriaco con él. Claro que sería mucho más razonable, siendo aún tiempo para que en vez de retirarse a Yucatán se retirara junto con su Cuerpo austriaco, a Miramar. Y realmente es el último momento. El general Alatorre está ante Xalapa, cada día perdemos varias ciudades.” —Y algo más tarde: “Xalapa cayó. La artillería republicana tiraba excelentemente.



Dicen que nuestros desertores son los mejores tiradores de la armada republicana. En las manos de los vencedores cayó un abundante botín de guerra. Cayeron muchos de los nuestros; el ejército roto como un rebaño de ovejas, sin armas ni caballos, totalmente saqueado llegó el 13 de noviembre a Puebla. Evidentemente para alegría de los franceses que no emprendieron nada para ayudarlos. Mis pensamientos están con mis amigos de Xalapa. ¿Vivirán aún?! —En estos días de derrota se dispersó la noticia de que dos generales republicanos habían decidido pasar del lado de Maximiliano, y nada menos que Porfirio Díaz y González ¿Quién propaga esto? ¡no sé! Dudo que sea verdad. Evidentemente es una finta de aquellos quienes ansían que Maximiliano permanezca aquí. En primer lugar, los franceses. Luego el alto clero encabezado con La Bastida, y los generales, a esos tres M, quienes ansían llevar a la destrucción también al cuarto M. Y por fin, hé aquí los resultados de esos largos debates en Orizaba. Hoy 10. de diciembre se puede leer en todas las esquinas de las calles de Puebla: 'El emperador de México se queda en nuestro medio como un amigo del orden, la independencia y la religión.'

Despedida de México

El jueves de hoy, 13 de diciembre de 1866, es un día de suma importancia para nosotros, los pobres voluntarios: desde Orizaba llegó a Puebla una orden escrita por el mismo emperador según la cual disuelve el Cuerpo austriaco de voluntarios. Nacido en esperanzas y alegrías hace más de dos años, este Cuerpo se disuelve ahora con mayor alegría: es difícil describir la exaltación de la cuadrilla de haberse por fin librado de la guerra. Todas las calles de Puebla estaban llenas de soldados que gritaban: ¡Zivio! ¡Vivat! ¡Eljen! —A pesar de que todos sabían que al volver a Europa lo esperaban días negros de incertidumbre no obstante la certeza de haberse librado de la guerra arrojó a ese pobre hombre maltratado en el delirio de alegría. ¿Y quién podría reprochárselo? La explicación que seguía bajo la orden de disolución, casi no interesaba a la gente. Todos los oficiales y soldados que expresen su deseo de quedarse en México y ejercer su servicio en el nuevo ejército mexicano, recibirán automáticamente un grado superior. —Dudo que ese anzuelo atraiga a alguien a no ser que se trate de un completo aventurero y desertor. De inmediato entregué mi solicitud para ser incluido entre aquellos que abandonan México. El 14 de diciembre a las 5.15 de la tarde, entre un repicar de campanas, entré a Puebla en su regreso de Orizaba, el emperador Maximiliano. Con él estaba pater Fischer, según mi opinión su consejero fatal. Se hospedó en el castillo del arzobispo. Se ve exhausto y enfermo. —Es interesante que en el calendario para el año de 1867, que compré hoy, no están marcados ni el santo del emperador ni el de la emperatriz: ¿será un olvido del impresor, una casualidad o el presagio de que la República mexicana, en el año de 1867, ya no festejará esos días? Mientras que ayer, 2 de enero de 1867, el primer grupo de nuestro Cuerpo partía a través de Orizaba para Veracruz, para embarcarse rumbo a Europa, hoy 3 de enero el emperador abandonó Puebla. En su séquito algunos oficiales. Y pater Fischer. Yo acababa de salir de la casa del general francés, a quien por tercera vez entregué mi solicitud para ser enviado a casa, cuando el emperador pasó por la calle. Estaba de civil, con un sombrero de copa gris, cansado, deprimido. Los soldados franceses ni siquiera

lo saludaron, no había guardia en su honor ¡No pude librarme de un presentimiento: ¡un hombre se dirige a su muerte!"

El 11 de enero de 1867 con un regimiento Ferdinand Karl Neuman abandonó Puebla: "El viaje se desenvolvía con mucha lentitud: en fila iban más de 120 carros. El calor era insoportable, acompañado por el polvo. Más de 300 caballos y mulas. En un instante, todo estaba bajo una blanca capa de polvo, la gente, los cerros y los caballos. La misma Puebla, a nuestras espaldas desapareció en ese polvo como un fantasma." La columna se detendrá en Orizaba para llegar cansada, el 17 de enero, a Córdoba. Allí después de algunos días de espera recibirá la orden de entregar todo su equipaje, que será transportado en tren a Veracruz. En el viaje ocurrió un incendio en el vagón donde se encontraba todo el equipaje, en realidad todos los bienes de Ferdinand Karl Neuman. Se conservaron únicamente las anotaciones de su diario, que llevaba consigo. Solo, con ese diario, llegó el 19 de febrero a Veracruz. "¿Qué diferencia entre el 30 de diciembre de 1864 y este día de febrero de 1867. Entonces fuimos recibidos con muchos honores; muchos ciudadanos, sobretodo de la colonia alemana, se esforzaban en complacernos ¿y ahora!? ¡Un vacío a nuestro alrededor! ¡Entonces dormimos en el hotel, ahora cerca del hotel, en el suelo! ¡Un ejército disuelto, desmoralizado! En el puerto, ya se encontraba el barco francés LA DROME: sabiendo que nadie nos echa de menos, nuestro único deseo era encontrarnos lo más pronto posible en la borda del barco, para irnos imperceptiblemente." Sin embargo, un poco más tarde, encontrándose ya en el barco, anota: "A pesar de que nadie nos despida, todos nos encontramos en la cubierta, para ver una vez más la tierra que abandonábamos para siempre. Nadie hablaba. Y evidentemente todos sentían mucho. Y no era sólo por el pensamiento en los compañeros caídos y los amigos que no tuvieron la suerte de volver ahora con nosotros, ¡no! era eso también la despedida de la tierra a la que cada uno a su manera había tomado cariño. Inclinado en el barandal de la cubierta, largamente estuve observando la tierra que se iba reduciendo, la tierra de muchos de mis amigos, de un sinnúmero de recuerdos imborrables. Puede ser también porque durante mi estadía de más de dos años, vi muchas tragedias personales y de toda la nación, pero no puedo hacer otra cosa que desearle, en este momento de despedida, a ese país y a sus orgullosos y valientes habitantes, un futuro brillante y merecido. Puede que vuelva algún día..."

No, Ferdinand Karl Neuman no ha vuelto. Vivió, después de los acontecimientos en México, a los que sirvió de cronista, unos cuarenta años más como farmacéutico civil, la mayoría del tiempo en las cercanías de Zagreb. Murió en Karlovac en 1907. Pero que México, como la aventura más intensa de su juventud, vivió siempre en él lo demuestra, entre otros, la elaboración de las anotaciones de su diario. Cien años nos separan de las aventuras mexicanas de Neuman, de acontecimientos en un país que precisamente en ese entonces se encontraba en un momento crucial de su nueva historia. Sesenta años desde la muerte del autor: los años transcurridos no han quitado a sus pretenciosas anotaciones en el manuscrito "Recuerdos de México 1864-1867", nada de documentación sincera; Neuman fue el testigo de un importante episodio histórico.



[Traducción: Lukavac Visnja]